

**LA REFORMA UNIVERSITARIA DE CÓRDOBA DE 1918.
DESDE EL ESPÍRITU DE CÍRCULO A SU IMPACTO EN
AMÉRICA LATINA EN LA DÉCADA DEL VEINTE**

Cristina Vera de Flachs
CONICET- UNC¹
vera@onenet.com.ar

He decidido iniciar esta conferencia haciendo una breve referencia metodológica sobre la historia de las universidades y los movimientos estudiantiles en tanto ambas cuestiones, como otras historias, han recorrido diversos caminos.

Sabido es que el siglo XX modificó los paradigmas de la historiografía hispana en las ciencias sociales, con la propuesta de los *Anales* y de la historiografía anglosajona. Con la aparición de la historia económica y social, los historiadores se perfeccionaron en otros campos y sus estudios abordaron nuevos problemas con diversos métodos y enfoques.

¹ La autora de ese trabajo es también investigadora del grupo HISULA-Colombia.

La historiografía de las universidades era antigua, solo que estaba unida a la historia institucional y, muchas veces, acoplada a la historia del derecho, y abordada en las facultades de derecho, lo que privilegiaba la descripción institucional haciendo hincapié en estructuras, funciones y materiales jurídicos. Si añadimos que a veces estaba unida a la historia de la Iglesia o a cuestiones eclesiásticas, otra anciana en el árbol de las ciencias sociales, nos damos cuenta que era una especialidad estática, construida sobre normas, poco explicativa de situaciones y procesos y, en algunos aspectos, anecdótica o costumbrista.²

En fin, era una historia poco atractiva para el último tercio del siglo XX. Sin embargo, la historia de las universidades no quiso quedar fuera de las innovaciones de las ciencias sociales y aunque más tardíamente que otras especialidades, desde los años ochenta hemos asistido a un auge sin precedentes del cultivo de la misma. Y para ello quiero relatar rápidamente algunos hitos que contribuyeron para que esta especialidad lograra ingresar a la modernidad y hacer de la misma una historia ágil y moderna en Europa y Latinoamérica.

En 1974, Mariano y José Luis Peset comenzaron una renovación en la historia de las universidades con la edición de su voluminoso texto titulado *La universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*. Paralelamente Laurence Stone comenzó el análisis de las poblaciones estudiantiles sobre la Universidad de Oxford y ese año editó su libro: *The University in Society* (1974). En 1981 nace la primera revista especializada en el tema: *History of Universities*, la misma que, al comienzo, abordaba mayormente temas de historia colonial.³

Comandados por investigadores españoles, desde las universidades de Valencia y Alcalá de Henares, un grupo de historiadores españoles y americanos nos unimos para extender hacia América ese ámbito de estudio. En suma, empezamos a caminar logrando financiación del Consejo Superior de Investigaciones de España primero y luego de otros países de

² Más de una vez un estudioso como Mariano Peset (2011), de la Universidad de Valencia, ha dicho que en los setenta del siglo XX, la historia de las universidades era vista como un apéndice más o menos difuso de la historia de Iglesia.

³ Otros autores italianos y franceses, entre los que se destaca Jacques Le Goff quien visitó Argentina, también ayudaron a incentivar los estudios sobre la historia de las universidades.

América que sirvieron para adquisición de libros y desplazamientos en ambos continentes con el fin de establecer redes de trabajo.

En 1987 se iniciaron los primeros congresos internacionales donde el grupo comenzó a abordar nuevas temáticas, con algunas investigaciones mejores, otras peores, pero que demostraron que había investigadores formados preocupados para que sus avances fuesen tenidos en cuenta en sus respectivos países. La historia de estos últimos años permitió un gran avance en lo que se refiere a la identificación de fuentes, monografías y libros que viraron el interés hacia temas nuevos, tales como la cultura juvenil, la vida diaria de los estudiantes, la estética de los movimientos, las finanzas y la arquitectura universitaria, poblaciones estudiantiles, matrículas, pugnas de ideas e intereses, etc.

Como investigadora de carrera de CONICET, no escapé a esa perspectiva y la impulsamos desde Córdoba en 1999, cuando celebramos los 400 años de la entrada de la Compañía de Jesús a Córdoba (germen de la Universidad Nacional de Córdoba), hasta el 2018, cuando conmemoramos la reforma de Córdoba en el país y en otros lugares del mundo; también me preocupé por fomentar el tema en varios congresos que celebraron los bicentenarios de la independencia americana. De igual modo lo hicieron investigadores españoles de distintas universidades a las antes mencionadas, junto con mexicanos, peruanos y colombianos (Peset, 2011). Todo esto permitió que hoy se disponga de numerosas obras que son fuente de consulta en Europa y Latinoamérica y que dan cuenta de cuestiones diversas.

Pero ese quehacer científico tenía una meta. No era sólo generar conocimiento por el conocimiento mismo o por hurgar en el pasado, sino –en una visión universalista– poder enraizar los problemas de las culturas americanas, por encima de los diferentes enfoques, de las diferencias de escuelas y metodología, lo que fue enriqueciendo los campos del saber. Sin embargo, aún falta una obra general de consulta sobre la universidad latinoamericana que analice sus problemas y aborde los desafíos del siglo XXI.

Por otra parte, debemos reconocer que los movimientos estudiantiles no son producto del siglo XX, sino son fenómenos que han existido desde la misma fundación de las universidades y ellos formaron parte de la

vida universitaria. No obstante, pareciera que este hecho es analizado más asiduamente por los investigadores en épocas de agitación política o estudiantil. Si consideramos que los países de América Latina están unidos por una cultura similar, entonces hacen falta más trabajos comparativos entre instituciones, épocas y hechos históricos. El método comparativo no provee por sí solo una explicación: hay que distinguir entre las comparaciones de la vida diaria y las exigencias de unas ciencias sociales comparativas. ¿No será que Emile Durkheim tenía razón, cuando en 1895, escribió que la sociología comparativa no es una rama especial de la sociología, sino es la sociología misma en cuanto deja de ser descriptiva y aspira a explicar los fenómenos sociales? Durkheim, al igual que Comte y Spencer, pensó que el método histórico comparado ayudaría a formular leyes sociales precisas. La evaluación subjetiva de masas de datos descriptivos y específicos de cualquier país dentro del campo de la educación a la luz de marcos filosóficos o políticos de interpretación no toma en cuenta el potencial analítico del método comparativo. Toda comparación es un acto mental dirigido hacia la obtención de nuevos conocimientos por medio del establecimiento de relaciones. En historia hay dos formas de usar el método comparativo: por un lado, se pueden buscar fenómenos universales, es decir, leyes universales por medio de la comparación entre sociedades y culturas lejanas en el tiempo y espacio, explicando similitudes y continuidades y, por el otro, estudiar sociedades o fenómenos contemporáneos vecinos o de un mismo continente. La pregunta es ¿qué hay que comparar y cómo comparar? (Marsiske y Vera, 2018).

El análisis de los movimientos estudiantiles debe ser necesariamente interdisciplinario y a partir de ese marco identificar los elementos comunes entre las formas de lucha, las relaciones entre sus líderes, como así también las divergencias entre unos y otros. Por ello es aconsejable formular un criterio propio y ver qué analizar. Es de suma importancia el estudio de las organizaciones estudiantiles, que en algunos países han tenido una existencia y continuidad mayores que los partidos políticos o han permanecidos vivos como grupos de oposición por más de cincuenta años, como es el caso de Cuba en el siglo XIX. Por eso los movimientos estudiantiles latinoamericanos tienen doble mirada: por un lado su dimensión gremial, es decir el de las conquistas académicas y, por otro, la dimensión ideológica y su vinculación con la política en general.

La relación entre universidad, sociedad y política les proporciona a los jóvenes reformistas un entrenamiento para la política nacional e internacional. Por ejemplo, muchos conflictos de estudiantes y catedráticos de los colegios mayores de Bogotá con las autoridades virreinales en el último decenio del siglo XVIII tienen estrecha concordancia con el proceso de la independencia. Las relaciones entre el comportamiento de las clases medias, estructuras universitarias y movimientos universitarios del siglo XX tienen similitud de lo ocurrido en Argentina y México. La revolución económica que se realizó en estos países puso en primer plano a los grupos urbanos con ambiciones políticas que desafiaron, con algún éxito, a los sectores históricamente dominantes. La discrepancia entre las estructuras universitarias y las estructuras sociales cambiantes hizo estallar a comienzos del siglo XX en casi todos los países latinoamericanos los conflictos universitarios. En síntesis, estos ejemplos nos señalan que los movimientos estudiantiles se pueden estudiar desde diferentes puntos de vista.

Estamos convencidas de que encuentros y las ponencias presentadas sobre el tema que escucharemos estos días y que abarcan un espectro altísimo de enfoques, contenidos, cuestiones, ponen en evidencia un proceso de reflexividad dentro del campo que, en la misma práctica, va redefiniendo sus propios alcances. Un campo enriquecido por una amplitud de perspectivas que no hacen más que reafirmar la multiplicidad de voces –profesionales y otras– que hoy se integran en investigadores y docentes que expondrán o debatirán sobre los distintos temas con académicos peruanos y extranjeros. De esta forma, la historia de las universidades y de los movimientos estudiantiles se fortalece en Latinoamérica y en esta Universidad en particular. Por ello agradecemos a los organizadores del congreso que hayan tenido en cuenta la temática.

La reforma de Córdoba de 1918

Hecha esta digresión pasemos a ocuparnos del tema que nos convoca en esta oportunidad, que es analizar la reforma universitaria de Córdoba de 1918, desde el espíritu de círculo a su incidencia en América Latina hasta fines de la década del veinte, en tanto ella es considerada como el hito que marcó el inicio de las transformaciones en la educación superior

argentina y latinoamericana y que demuestra que hoy los universitarios siguen preocupados por defender sus banderas.

Para quienes no conocen la historia de mi país digamos que el siglo XVII fue una la centuria de profundos cambios para Córdoba en particular. Esta ciudad, fundada a mitad del camino que unía Buenos Aires con el Perú, pronto sintió el impulso comercial de la primera urbe y el flujo de los metales preciosos de esta última. Hay infinidad de indicios que señalaban que por esta y otras circunstancias ese poblado iba a constituirse a lo largo de su vida en una capital de provincia importante. Entre otras cosas, porque a pocos años de su fundación se estableció la Universidad, la que gravitará desde entonces en todos los órdenes de la vida nacional. Fundada en 1613 sobre la base del Colegio Máximo, estuvo en manos jesuíticas hasta su expulsión en 1767, cuando Carlos III sancionó la Real Pragmática que ordenaba el extrañamiento en todos sus dominios de la Compañía de Jesús. En ese momento hubo fuertes presiones para que la Universidad se trasladara a Buenos Aires, que carecía de una institución semejante. Sin embargo, el fiscal del Consejo de Indias sugirió que continuase en esa ciudad por estar mejor ubicada desde el punto de vista geográfico, aunque señaló debía desterrarse la doctrina de los expulsos sustituyéndola por la primera escolástica. La vuelta a los postulados medievales aseguraba la no-intromisión de doctrinas inconvenientes en la mente de los americanos.

A partir de allí quedó en manos de la orden de los franciscanos hasta 1808, y luego de la revolución que nos separó de la corona española pasó a la provincia. Córdoba, al igual que otras casas de altos estudios americanas, no pudo ni quiso sustraerse del proceso independentista y de la ruptura con el mundo colonial. No fue fácil lograr en un primer momento, que todos sus integrantes se identificaran con la causa de la revolución. Llevó su tiempo. Hubo al comienzo silencio por parte del claustro, al punto que podía pensarse que permaneció ajeno a lo que estaba sucediendo en el país. Sin embargo, poco después reorganizó sus planes de estudios, posibilitando la formación de la elite de poder de la primera mitad del siglo XIX. Y así veremos a sus egresados firmar el acta de la independencia y contribuir a la redacción de las diferentes cartas constitucionales o sus leyes (Vera, 1989, p. 399).

El 8 de abril de 1854, el gobernador de la provincia devuelve la universidad a la jurisdicción nacional, lo que fue aceptado y ratificado por ley dos años más tarde. A partir de entonces se dispuso su sostenimiento por parte de la nación, medida que permitió ampliar en la década de los 70, los tradicionales estudios de Derecho y costear la creación de dos nuevas facultades: la de Medicina con sus correspondientes escuelas y la de Ciencias Físicas y Naturales. Sin embargo todavía en esa época, a pesar de ser una entidad oficial no había una corriente lo suficientemente fuerte como para sustraerla de la influencia eclesiástica. El poeta cordobés Arturo Capdevila, quien se desempeñó como profesor de Filosofía y Sociología en tiempos de la reforma, sintetizó la importancia de la universidad, al decir:

La Universidad es historia... , historia desde la hora misteriosa como lo es toda hora de súbita inspiración, en que el obispo Trejo y Sanabria resolvió fundar en aquel caserío una casa de altos estudios. Oro no había. Plata tampoco, ni otro metal codiciable. Habría, en cambio, para todo el curso de los tiempos, oro y plata en la minería de los espíritus" (Capdevila, 1923)

Esa minería de los espíritus es la que nos interesa rescatar. En tanto ella estaba presente en el grupo de los reformistas de 1918. El ambiente cordobés señalaba la presencia de dos sectores: uno liberal, es decir laico, anticlerical y con apertura hacia los cambios que presentaban las nuevas corrientes de pensamiento; generalmente representado por jóvenes de buena posición económica, hijos de inmigrantes enriquecidos, a quienes se identificaba con la oligarquía. Y otro conservador, integrado por militantes católicos y descendientes de aquellos que habían servido a la patria desde sus primeros momentos, no necesariamente poseedores de importantes bienes, pero identificados con la aristocracia.

Los sectores liberales influidos por el positivismo y pertenecientes muchos a la generación del ochenta, veían a la Universidad con un fuerte olor a la teología y en pleno retroceso. Para ellos el descontento era grande y la enseñanza era muy cuestionada por estudiantes y unos pocos docentes.

Un joven escritor que gozaba de cierta reputación como periodista, Leopoldo Lugones, en una publicación considerada atea y anarquista titulada *El Pensamiento Libre*, señaló en 1896 la importancia de la rebeldía juvenil contra la tiranía de los viejos... y añadió: "nada hay más exigente

que la concupiscencia senil. El mando es la pasión dominante de los débiles del sexo y de la edad". Y, en julio, fue más allá cuando escribió: "La pezuña del cerdo burgués es lo que me horroriza". La frase le valió a Lugones un pedido de expulsión del Partido Socialista. Y que el propietario del taller de la imprenta resolviera dar por terminado la edición de *Pensamiento Libre*, en tanto no estaba dispuesto a ser mecenas de esos mozalbetes que eran considerados atrevidos por quienes concurrían a su imprenta (*El Tiempo*, 25 de junio de 1896, citado en *Las primeras letras de Leopoldo Lugones*, p. 35).

Tales conceptos hacían recordar lo planteado por el intelectual peruano Manuel González Prada quien, en 1888, anticipara la reivindicación de la rebelión estudiantil en alianza con la protesta obrera al señalar en un discurso: "los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra" (p. 44).

La universidad debe vestir a la moda

El ambiente denunciaba una necesidad de cambio, razón por la cual muchos comenzaron a impugnar la institución señalando que la misma debía vestir a la moda. Los reclamos se hacían sentir en la prensa y en un artículo aparecido en ese tiempo en un periódico bien mordaz se decía que:

la Universidad de Córdoba necesitaba vestirse a la moda, y aunque de ella hayan salido los hombres más expectables que tiene el país, sin embargo no es propio, dado el gusto moderno que ella continúe regentada por hombres que solo enseñan preocupaciones, fanatismos e ideas antediluvianas... ¡Fuera entonces todos los retrógrados que quieren hacer conocer a Dios antes que a la naturaleza! (*La Carrajada*, 1881, p. 2).

¿Cómo comenzaría ese cambio? Para ello debemos retrotraernos al tránsito del siglo XIX al XX, cuando comenzó a implementarse un cambio de paradigmas a través de la creación de varias asociaciones laicistas, donde paradójicamente en un comienzo convivieron representantes del liberalismo y del conservadurismo.

Tal por ejemplo lo ocurrido en el Ateneo de Córdoba y en el Club Social, que a pesar de tener distintos objetivos compartían algunos miembros. El Ateneo era una asociación sociocultural de la elite letrada y buscaba definirse como un centro intelectual, mientras el Club Social era

recreativo. No obstante, en los días álgidos de la lucha estudiantil prestó su sede para que los jóvenes recibieran correspondencia.

Ese movimiento cultural se completó en 1899 con el inicio del primer ciclo de las noches de la biblioteca de la universidad donde disertaron varios docentes universitarios que también habían sido conferenciantes y/o miembros del Ateneo.

El ambiente cultural cordobés se amplía en el siglo XX

Entre agosto y octubre de 1916 se iniciaron en la Biblioteca de Córdoba una serie de conferencias, dictadas por algunos intelectuales y propiciadas por su director y por Arturo Orgaz, quien sostenía que las bibliotecas públicas eran una institución utilísima y benéfica porque servían a la difusión de los conocimientos en la sociedad; eran igualmente complemento de los estudios universitarios, por cuanto ponían al alcance de todos desde obras científicas hasta las de carácter industrial o artístico.

Las conferencias se llevaron a cabo los días domingos con entrada libre y gratuita pues era un buen procedimiento para que las ideas nuevas circularan en la ciudad y así lo consideró también la Asociación de Estudiantes del Colegio Monserrat, que se adhirió a ellas desde el comienzo.

Casi simultáneamente un grupo de intelectuales que habían cursado estudios de leyes y otros estudiantes, poseedores de discursos nuevos y críticos sobre el estado de la Universidad, fundaron, el 10 de septiembre de 1916, la “Asociación Córdoba Libre”, que se oponía a los grupos más retrógrados y aspiraba obtener la reforma de la misma. Arturo Orgaz, en su texto *La guerra con los ídolos*, la definió de la siguiente manera:

¡Córdoba libre más que una asociación de hombres libertarios fue un grito de guerra contra el ídolo sacristanesco; en 1916 resonó por vez primera; en 1918 fue el santo y seña de la revolución universitaria y ya ese grito ha sido aprendido por las juventudes y proletarios de toda la República! (en Vera y Gaiteri, 2018).

Orgaz, Roca y otros también organizaron la Universidad Popular que funcionó en la Escuela Alberdi y en nexos con la Federación Obrera Local, fue la base de la posterior unidad obrero-estudiantil. Allí, Alfredo

Brandan Carrafa dictó cursos de Moral Cívica; Deodoro Roca, de Psicología; Martín Gil, de Meteorología y el georgista Bernardo Ordóñez de Economía. Las Universidades Populares, entre 1918 y 1925, fueron el capital simbólico de los imaginarios estudiantiles y si bien tradujeron los proyectos de estos fueron suscitando tensiones ideológicas y políticas en algunos países, a pesar que la idea era que ellas estuvieran libres de todo espíritu dogmático y partidista. Lo que hizo decir a Haya de la Torre que las universidades populares en el Perú era lo mejor que tenía el país como algo moderno. Pero las represiones de 1923 y 1924 mandaron a la clandestinidad a las mismas y hacia 1925 las universidades populares en el continente concluyeron su ciclo (Vera de Flachs y Biagini, 2008, p. 537).

Simultáneamente se organizó el Comité Pro Reforma, presidido también por Orgaz, quien centralizó la lucha estudiantil y allí vemos actuar a otro grupo de jóvenes. Paralelo a esas asociaciones un grupo de intelectuales, entre los que se encontraban José Martí, José Enrique Rodó y Rubén Darío también incidieron para modificar los ideales juveniles y, a la vez, propiciar un acendrado latino americanismo. En 1900, Rodó publicó su obra titulada *Ariel*, donde opuso al imperialismo norteamericano, la espiritualidad americana; criticando el capitalismo y sugiriendo para América Latina formas culturales similares a la de los países de Europa occidental, que aparecían a sus ojos como menos agresivas. El libro se convirtió en la Biblia de los estudiantes, pues fue ampliamente difundido en el continente, desde Córdoba hasta México, y penetró en los protagonistas de la reforma que proclamaban libertad, luchaban contra el clericalismo, promovían cambios en las universidades, apoyaban al obrero y soñaban con un mundo nuevo. Y le permitió a Rodó ser designado presidente honorario de la Asociación de Estudiantes de Venezuela, lo que demostraba que el arielismo era un partido continental.

Ese ambiente de cambio que se respiraba en Córdoba desnudaba la situación de la Universidad, que contaba con una enseñanza teórica y donde no había más caudal que la erudición del catedrático y la riqueza de unos pocos libros, llevó a los jóvenes a buscar otros mentores. José Ingenieros cuyo libro *Un hombre mediocre*, fue leído como un retrato del profesorado universitario y *Las fuerzas morales* interesó a los jóvenes en tanto proponía los términos de una ética social para las nuevas generaciones.

También el krausismo, ese fenómeno intelectual reelaborado en España e incorporado a las tradiciones del republicanismo por Francisco Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza influyó en José Martí y en las prosas de varios reformistas, donde es posible ver la pureza juvenil como empresa social.

A su vez la ciudad de Córdoba fue sacudida también por la presencia de varios personajes: José Ortega y Gasset (1883-1955) marcó el rumbo a los estudiantes que se apropiaron del repertorio de sus ideas que proponía los deseos de cambio social frente a una estructura rígida y dogmática. En 1916 viajó por primera vez a la Argentina, arribando a Buenos Aires en compañía de su padre, invitado por la Institución Cultural Española para dictar un ciclo de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras. A partir del mes de setiembre inició una gira por el interior del país pronunciando conversaciones en La Plata, Tucumán, Rosario, Mendoza, Córdoba y, luego, en Montevideo, recibiendo en estas ciudades un trato especial y un éxito inesperado.

Los estudiantes de la Universidad de Córdoba le solicitaron al rector Dr. Julio Deheza, un representante del conservadurismo, que lo invitara a disertar en ella, llegando el español el 19 de octubre de 1916, durante la gobernación del radical Eufasio S. Loza (quien fue representado en esa ocasión por el doctor Deodoro Roca, director del museo provincial) dictando una conferencia sobre “cultura filosófica”. Ortega estuvo en el país hasta enero de 1917 y luego mantendría correspondencia y colaboración con distintas figuras significativas del mundo cultural argentino hasta su exilio posterior en los años treinta. Mantuvo con Deodoro Roca una excelente relación, pues quedó fascinado con el argentino más inteligente que conoció.

La repercusión de las conferencias de Ortega en el país fue inmensa. El profesor de filosofía de la Universidad de La Plata, Alejandro Korn, que venía advirtiendo que el país necesitaba nuevas bases ideológicas, en tanto en los cursos sobre el pensamiento del hombre contemporáneo no cabían dentro de los carriles cercenadores del positivismo también despertó gran expectación y contribuyó a profundizar en la reflexión filosófica los principios del movimiento renovador. Korn, en un artículo publicado una década más tarde en la revista *Nosotros*, recordó la presencia de Ortega diciendo:

Autodidactos y diletantes tuvimos la ocasión de escuchar la palabra de un maestro; algunos despertaron de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre. De entonces acá creció el amor al estudio y aflojó el imperio de las doctrinas positivistas. No nos trajo Ortega y Gasset un sistema cerrado. Enseñó a poner los problemas en un plano superior, nos inició en las tendencias incipientes, dejó entrever un plano superior la posibilidad de definiciones futuras, nos incitó a extremar el esfuerzo propio. Mucho le debo personalmente, pero creo poder emplear el plural y decir: mucho le debemos todos (Korn, 1949, p 35).

El Partido Socialista, con la intervención de algunas figuras nacionales como Manuel Ugarte, José Ingenieros y Alfredo Palacios, tendrá un rol activo en ámbitos académicos y sociales desarrollando una intensa labor propagandística en el sector universitario y obrero, lo que ayudó para que sus ideas prendieran en líderes como Gregorio Bermann, Ceferino Garzón Maceda, los hermanos Arturo, Raúl y Jorge Orgaz y el mismo Deodoro Roca, que las apoyó políticamente en los años 30 junto a Lisandro de la Torre.

Antecedentes

Entrado el siglo XX, los primeros congresos de estudiantes americanos, efectuados a partir de 1908 en Montevideo, fueron el medio más conducente y eficaz para un acercamiento de los pueblos y para implantar temas tales como la autonomía, el cogobierno y la extensión universitaria (Vera de Flachs, 2006b). A partir de entonces se postuló el principio de rebeldía y se impulsó la federación y representación orgánica del alumnado. Los siguientes encuentros ayudaron a potenciar el movimiento reformista latinoamericano al difundir lecturas y propuestas de los respectivos líderes estudiantiles.

Dos serios conflictos internacionales desatados en la segunda década del nuevo siglo, la primera Guerra Mundial y luego la revolución rusa, serán el crujido gigantesco de un sistema ya viejo en Europa, nuevo aún en América; vinieron a revelar una división generacional y plantearon nuevos problemas. Eso llevó a los intelectuales y a los jóvenes a reflexionar sobre el mundo del momento.

Europa dejaba de ser vista como meta y América comenzaba a expresar la necesidad de ser el relevo del viejo mundo. Intelectuales de la talla de Rodó, Rubén Darío, Martí y el mismo Deodoro Roca señalaban el fin de los valores y moral europeos sobre el mundo americano y pensaban en una renovación.

El pensamiento reformista potenció notoriamente los lazos entre los estudiantes latinoamericanos a través de varias instancias, entre ellas a través del factor comunicacional entre sus dirigentes, el que se inició desde el primer momento del movimiento estudiantil y se mantuvo a través de la construcción de redes intelectuales y políticas que atravesaron todo el siglo XX. También por las publicaciones periódicas editadas en el país, a partir de 1918, donde escribieron las mejores plumas del pensamiento argentino y americano contribuyendo a difundir las actividades desplegadas por los diferentes líderes. Tales como *Inicial*, *Proa*, *Valoraciones*, *Sagitario*, *La Gaceta Universitaria*, *La Montaña*, *Verbum*. O las revistas filo-bolcheviques tituladas *Bases* y *Clarín* de Buenos Aires, *Mente*, *publicación de crítica social*, editada en Córdoba a partir de 1920, *Verbo Libre* y *Germinal* de Rosario. Entre las extranjeras destacan, entre otras, la peruana *Amauta*, la cubana *Revista de Avance*, el *Repertorio americano* de Costa Rica y *Universidad* de Colombia.

Por lo general, estas revistas tienen pocas páginas e ilustraciones, e informan sobre los conflictos estudiantiles u obreros, incluyen reseñas de nuevos libros, algunos poemas y fragmentos de textos de autores tan diversos como José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, José E. Rodó, Rafael Barret y Juan B. Justo. O de referentes clásicos del anarquismo internacional, como Enrico Malatesta, Eliseo Reclús, Sebastián Faure, Emma Goldman y Francisco Pi y Margall, con citas de Vladimir Lenin y George Sorel.

En suma, la palabra fue el arma que blandieron los protagonistas en sus instituciones donde desarrollaban una labor propagandística de sus propuestas siendo para el caso de cordobés, Roca el alma mater del grupo que se fue radicalizando a medida que transcurría el año 18.

Asistimos –escribió Antenor Orrego–, a un maravilloso autodidactismo de la juventud; es más: a la docencia de la juventud sobre los maestros. En todo caso, si el movimiento tuvo maestros, no los encontró en las aulas universitarias, sino fuera de ellas (Robles Ortiz, 1992).

Los disconformes

Cabe preguntarnos: ¿quiénes conformaban ese círculo de intelectuales y egresados disconformes con la enseñanza universitaria en Córdoba? Los jóvenes que emprenderían los cambios en 1918 conformaban una elite con clara conciencia de grupo y pertenencia a un mismo estrato social, nacidos en medio de la crisis social y política de 1890 y en vísperas de una serie de acontecimientos políticos nacionales e internacionales que les dejaran huella. Estaban convencidos de que a ellos les estaban reservadas las altas funciones del gobierno, por eso a la vez que condenaban a las generaciones anteriores elaboraron un pensamiento contestatario, basado en nuevas lecturas e ideas, las que se vieron plasmadas en distintas instituciones que fueron modificando la mentalidad provinciana con birrete y borlas de doctor, no sin antes provocar serios encontronazos con el sector clerical.

Ellos se veían a sí mismos como la vanguardia de una modernidad literaria, urbana, científica y racionalista que esperaba poder cubrir con una lápida los oprobios del régimen existente. Deodoro Roca hizo una crítica abierta a la generación anterior, “individualista, chata, acaparadora”, manifestando entonces que ellos pertenecían a una generación, la del 14, que con su presencia juvenil conducirían el cambio en la Universidad reconstruyéndola como una institución democrática y moderna que mostraría el camino para el progreso de la nación.

Tema que compartía el grupo central de los intelectuales reformistas que tenían entre ellos relaciones que provenían de lazos parentales, de haber sido condiscípulos en el bachillerato y/o en la facultad, de vecindad, de concurrencia a los mismos espacios de veraneos, además de pertenecer a una misma generación etaria. Es decir que en muchos casos el conocimiento interno del grupo se había gestado antes de ser actores principales de la reforma universitaria (González y Vera, 1918).

Sus miembros fueron parte de algo más allá de esa autodefinición de “generación de 1914”, y desde comienzos de siglo luchaban por una sociedad más justa en lo político, lo social y lo cultural. El objetivo de vivir plenamente la democracia estaba latente, cuando no explícito, en la obra de sus integrantes. Roca, en el discurso que pronunciara en su colación de grados en 1915, dijo: “Las nuevas generaciones empiezan a vivir en

América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas". Y añadió que la Universidad era el espejo de la sociedad e insistió que "en esas severas casas de estudios la juventud encontrará las altas señales, para desde allí poder mirar hacia todos los horizontes" (Roca, 1925). Las autoridades de entonces fueron obligadas a tomar cartas en el asunto, pero las reformas propuestas no cuajaron, porque eran impuestas de arriba hacia abajo.

El origen de la inquietud estudiantil podemos rastrearla en una huelga de los jóvenes que cursaban el Colegio Monserrat cuando, en julio de 1912, solicitaron por nota al rector Rafael García Montañó la apertura de mesas examinadoras complementarias. Recordemos que dicho colegio fue anexado a la Universidad Nacional en 1907. Pero el rector se negaba a elevar con el informe correspondiente la nota al Consejo Superior. Lo que produjo desórdenes suspendiéndose a los alumnos de quinto año por arrojar bombas de ácido. A su vez los de cuarto año se declararon en huelga, apareciendo innumerables consignas contra la autoridad en las paredes de la institución contra el rector, lo que constituyó la primera pintada en una institución educativa del país, dando motivo a las sanciones correspondientes a ambos cursos.

El doctor Roca, exmontserratense y por entonces presidente del centro de estudiantes de Derecho salió en defensa de los jóvenes. Muchos de estos pasarían luego a estudiar a la Universidad siendo protagonistas de la gesta de 1918.

La Iglesia y la *Corda Frates*

La contrapartida de estas ideologías fue la Iglesia, un actor importante de la vida nacional desde la emancipación, por eso se decía que quien se precie de ser un buen hijo de Córdoba debía frecuentar asiduamente los sacramentos. Contemporáneamente, en este sector surgieron varias asociaciones como el Ateneo Católico de Córdoba, la Acción Católica y varias publicaciones como la *Revista de los centros de estudiantes católicos*, *Tribuna Universitaria* y *Los Principios*, un periódico de la juventud católica. Sus universitarios día a día contribuían a planificar su accionar.

Pero la organización por excelencia fue la “Corda Frates”, cenáculo al que el diario *La Nación* definió como

tertulia de 12 caballeros católicos, este es su más fuerte vínculo espiritual, y de edades aproximadas, que se reunían en comidas y almuerzos periódicos. Universitarios en su mayoría, políticos casi todos (que) no dejan de presentar ciertos aspectos de consejo de Estado. Tiene gente de todos los partidos. Así, [...] triunfe el que triunfe, la *Corda* sale siempre parada (*La Nación*, 18 de julio de 1917, citado también por Sanguinetti, 1998).

Lo explicitado anteriormente explica por qué la reforma universitaria no se redujo a una protesta estudiantil de orden gremial, sino que formó parte y fue matriz de un movimiento social y cultural de mayor alcance y de resonancia internacional, donde estos jóvenes protagonistas pensaron y creyeron en el poder renovador de sus ideas, las que están presentes en sus manifestaciones políticas y sociales, a veces, con distintos matices, pero siempre enfrentado al espíritu monástico y en la calle hermanado, al menos sentimentalmente con el sector obrero. Ellos participaron de los actos más trascendentes del proceso reformista y pensaron finalmente que la modernidad había triunfado sobre la Iglesia y las camarillas.

Las universidades argentinas en 1918

Cabe preguntarnos: ¿a qué universo se dirigían estos protagonistas? Para 1918, la República Argentina estaba entre los primeros ocho países del mundo y el primero en América Latina respecto al estado de su educación.

El país contaba con tres universidades nacionales: la de Córdoba, la de Buenos Aires (establecida en 1821 y nacionalizada en 1880) y la de La Plata (creada en 1889, puesta en funcionamiento en 1897 y nacionalizada el 19 de agosto de 1905) y una provincial de reciente creación, la de Tucumán (instituida el 25 de mayo de 1914). Y la propuesta de los jóvenes era que se crease otra casa de altos estudios: La Universidad Nacional del Litoral, hija directa de la reforma en tanto nace el 17 de octubre de 1919. Dichas casas de altos estudios estaban regidas por la ley Avellaneda, que delineó la organización universitaria del país para los años subsiguientes, confiando otros aspectos a cada universidad, la que debía dictar su propio estatuto. La suerte de ellas dependería entonces de la responsabilidad en el actuar que demostraran sus claustros. La ley propició una fuerte

dependencia con el poder ejecutivo nacional respecto a la elección del rector y de los profesores titulares, quienes eran elegidos por este de una terna que conformaba el Consejo Superior y los consejos directivos de las respectivas facultades toda vez que fuera necesario cubrir un cargo. A poco de andar esta legislación fue duramente criticada, al punto que, en 1898, se presentaron dos proyectos de ley en el Congreso de la Nación para derogarla. Lo que no se consiguió.

Para 1918 se estimaba que la ciudad de Córdoba había crecido y la universidad tenía 1 001 estudiantes, es decir menos del uno por ciento de la población urbana incluyendo los locales y los que provenían de otras provincias, principalmente del norte del país. De ese total, 242 estudiaban en la Facultad de Derecho, 166 en la de Ingeniería y 593 en la de Medicina, con sus escuelas de Parteras, Odontología y Farmacia. Por entonces se consolidaron los centros de estudiantes culminando el 9 de setiembre de ese año con la creación de la primera Federación Universitaria, presidida por Julio H. Brandan.

La Universidad de Córdoba después de 1918

Dado el espacio que poseemos y en tanto los hechos son bien conocidos, no vamos a extendernos en el conflicto suscitado en el internado del Hospital de Clínicas, que dio origen a una larga huelga que llevo que los estudiantes irrumpieran en el recinto universitario para impedir que se consumara la elección de rector, comunicando días después –el 21 junio de 1918, en plena huelga– la proclama del *Manifiesto liminar* con el objeto de dar a conocer a la opinión publica las profundas causas morales de la insurrección.

Calmados los espíritus con el fin de la huelga, algunos reformistas se incorporarán al cuerpo de profesores, entre ellos sus principales líderes: Deodoro Roca, Arturo y Raúl Orgaz, Arturo Capdevila en la Facultad de Derecho, Gumersindo Sayago en Medicina y Natalio Saibene en Ingeniería. Los jóvenes habían solicitado maestros, maestros de excelencia y esa búsqueda los acompañó hasta 1923. Sin embargo, muchos se desilusionaron muy pronto de lo ocurrido en tanto después de 1920 la contrarreforma hizo su aparición, cuando el presidente Marcelo T. de Alvear intervino la universidad conjuntamente con la del Litoral y designa a Antonio Sagarna como comisionado.

Sumado a ello, la Universidad de Córdoba exhibía problemas serios como falta de libertad de cátedra, de docentes designados por concurso y escasa participación estudiantil en el gobierno, lo que revelaba un fuerte descontento. Uno de los líderes del 18, Enrique Barros, decepcionado por lo que veía dijo a los estudiantes, desde una tribuna, que llegaba sin los cálidos entusiasmos de otras horas. Poco a poco, la universidad fue perdiendo sus profesores reformistas y a partir de entonces los jóvenes contaron con pocos aliados dentro de la institución.

Los pilares de la reforma: la autonomía universitaria, el cogobierno universitario, la unidad latinoamericana, inclusión, provisión de cátedras por concurso y proyección de la universidad hacia la sociedad no pudieron evitar el excesivo partidismo político, las rutinas establecidas y conquistadas por un sector académico conservador, los mezquinos recursos asignados y a veces despilfarrados... Esos factores hicieron que la suerte de la reforma fuese efímera no solo para la Universidad de Córdoba, sino también para las restantes universidades argentinas, que vieron su suerte atada a la propia suerte de la República. Por eso en noches oscuras cuando los golpes militares arrebataron a la Universidad profesores, estudiantes y empleados administrativos, la institución vio peligrar los postulados reformistas.

La revista *Flecha*

La realidad descrita anteriormente fue retratada tempranamente por varios reformistas cuando, en 1936, Roca redactó una encuesta en su revista denominada *Flecha*. En síntesis, las respuestas señalaban que en 1918, los protagonistas querían un mundo diferente: una universidad abierta, con instituciones actualizadas en función del desarrollo del hombre. Estaban en contra de una "política de caciques" y el advenimiento de nuevas oligarquías académicas, no solo para Córdoba sino también para las universidades de Buenos Aires y de La Plata que evidenciaron marchas y contramarchas en los años venideros.

Con el paso del tiempo el pensamiento de Roca sería más taxativo en el papel que le asignaba al hombre y a la cultura. Y a pesar que en el sótano de su casa se seguirían reuniendo e imaginando un mundo nuevo con sus excompañeros monserratenses Arturo Orgaz, Arturo Capdevila y Octavio Pinto y otros cuadros del movimiento reformista entre los que

se hallaban Saúl Taborda, Enrique Barros, o Gregorio Bermann; cultores de la transformación social y la honestidad política como Lisandro de la Torre y Alfredo Palacios y dirigentes internacionales de la talla de Haya de la Torre, León Felipe, Ortega y Gasset, Stefan Zweig o Germán Arciniegas no lograron todo lo que anhelaban y lo demuestra el avance de la contrarreforma y la aparición del nacionalismo.

El devenir de los protagonistas cordobeses del 18

El paso del tiempo llevó a los protagonistas del 18 por caminos diferentes, en tanto fueron un grupo heterogéneo. En algunos casos, en su actividad futura fueron fieles a los postulados que levantaron en 1918 de reformar la sociedad; en otros casos los olvidaron, y otros, sin abandonarlo, priorizaron sus profesiones, familias e intereses particulares. Y no faltó alguno que actuó en oposición a ellos, sobre todo después del golpe de estado de 1930; tal el caso de Guillermo Rothe, ministro de Justicia e Instrucción Pública del gobierno del general Uriburu y luego de Perón.

Muchos mantuvieron su amistad a lo largo de sus vidas a pesar de no continuar una carrera académica sostenida, como Deodoro Roca, que renunció tempranamente a su cátedra; igual que Enrique Barros que, a su regreso de su viaje de perfeccionamiento en Alemania, se entregó de lleno a su profesión y a la investigación desilusionado con lo que veía en la universidad; en tanto la misma estaba moribunda en manos de la reacción conservadora e intervenida de nuevo en 1923. Sin embargo, al mantener firmes sus ideales hizo gestiones para que esta contara con los primeros grandes profesores extranjeros que vinieron en esa década, como el doctor Alfonso Goldsmidt; eminente economista de fama internacional y el no menos destacado sabio filósofo y fisiólogo Jorge Nicolau. También Barros fue médico personal de Deodoro Roca hasta su fallecimiento en 1942, y algo muy curioso: fue médico del Che Guevara cuando de niño el asma obligó a su familia trasladarse a Córdoba, manteniendo con este amistad y correspondencia incluso cuando estuvo en Sierra Maestra.

Saúl Taborda, que participó en la toma del rectorado el 15 de junio, también viajó a Marburgo, Alemania, para estudiar filosofía. Vuelto a Córdoba en 1927 abrió su bufete y se fue a vivir a Unquillo hasta su fallecimiento, donde produjo de importante obra cultural y pedagógica.

Menos fueron los que pudieron sostener su carrera universitaria a lo largo del tiempo, no sin sufrir serios traspies en ese lapso cuando el panorama político se complicó. Pero lo más significativo fue que entre ellos la amistad, lealtades y respeto, se protegió incólume a lo largo de sus vidas.

De todos modos lo más importante de rescatar de estos jóvenes fue la existencia de una clase dirigente que cumplía su misión. Sus deseos de renovación no se limitaron a pedir cambios para su propia universidad sino que ellos trascendieron a toda la República y a América, conmoviendo la vieja tradición y sacudiendo a las adormecidas universidades latinoamericanas e incluso a las españolas.

Pero es un error considerar que la reforma universitaria se limitó a un problema de aulas, reformas de estatutos o participación estudiantil. Esos temas no podían ser el fin del movimiento. Había vicios más hondos en la sociedad que solucionar. Los principales líderes del 18 señalaron la necesidad de una reforma social. Tema que preocupó a Roca, Bermann, Barros y los hermanos Orgaz durante toda su vida. Roca tenía en claro que la reforma de la universidad era lo mismo que reforma social y así lo sintetizó en el periódico *Flecha*:

En la memorable lucha, la universidad fue para la juventud una especie de microcosmos social. Descubrió el problema social y ligado a su dramático destino bien pronto advirtió que Estado, sociedad, universidad, se alimentaban de la misma amarga raíz y los mismos comandos. Las mismas manos manejando los mismos compases. Fue un camino provinciano que iba a dar un maestro. Buscando un maestro ilusorio se dio con un mundo. Esa es la reforma: enlace vital de lo universitario con la política, camino y periferia dramática de la juventud continental que conducen a un nuevo orden social. [...] El puro universitario apenas si tiene sentido. Es un troglodita. El *puro universitario* es una cosa monstruosa (Revista *Flecha*, N° 14, Córdoba, 1936).

En 1930 cuando los sueños reformistas fueron tratados en Argentina a punta de botas y chasquidos de látigos. Deodoro volvió a hablar y dijo: "Nación y Universidad nacen de una misma raíz, la amarga raíz de la injusticia social", y meditó sobre el drama social de la Universidad diciendo que el problema era más grave de lo que parecía. Y entonces proclamó que la segunda independencia se alcanzaría con la liberación

nacional, pues la juventud iba dándose cuenta de que solo la reforma educacional de fondo se conseguiría solo con una reforma social de fondo (CEA, Documentos AB, C15 D159).

Pensaba que no habría otra reforma como la pasada, pero tampoco sería una restauración pues las demandas son otras, los problemas son otros y los jóvenes son otros. Estas palabras demuestran la vitalidad, la actualidad y las ambiciones de Deodoro respecto a las aspiraciones juveniles. No dudaba del triunfo final aun en las peores circunstancias como las que se estaban viviendo, tenía esperanza en el hombre y en su capacidad para dar batallas.

Y mientras la reforma se iba diluyendo en Córdoba se abría en la década del veintecamino en el resto de las universidades latinoamericanas: Chile, Colombia, Perú, México, Cuba y el resto de los países, con diferentes características, vieron el resurgir de una rebeldía estudiantil innovadora y fundadora de las orientaciones sociopolíticas subsiguientes. Y ello se explica por varias razones: en primer lugar porque el *Manifiesto liminar* (1918) que inspiraba a los jóvenes latinoamericanos comenzaba con una frase que afirmaba: “estamos pisando una hora americana”.

Un mes después en la clausura del primer Congreso de la Federación Universitaria Argentina en Córdoba, Roca hacía una advertencia muy clara respecto a la situación anterior al grito de junio cuando manifestó: “Andábamos entonces por la tierra de América sin vivir en ella”. Consecuente con ese pensamiento, que resulta un verdadero programa político, cultural y educativo de la reforma, conformó un temario fundacional: participación de docentes, estudiantes y graduados, asistencia y docencia libre, extensión universitaria y periodicidad de la cátedra. Propugnaba:

Volvemos hacia la contemplación de la propia tierra, y hacia la de nuestros hermanos: ‘adentrarnos’ en nosotros mismos y encontrar los hilos que nos atan a nuestro universo en las fuerzas que nos circundan y que nos llevan a amar a nuestro hermano, a labrar nuestro campo, a cuidar nuestro huerto, a dar de nosotros todo lo que los demás piden... (*La Voz del Interior*, 31 de julio de 1918).

Ecós de la reforma de Córdoba en Latinoamérica

*Sólo la juventud tiene revelaciones...
Los muchachos... han determinado los
movimientos más hondos de la historia.*

Germán Arciniegas

En apretada síntesis, las nuevas generaciones jugaron un papel clave en todos los movimientos estudiantiles latinoamericanos entre 1918 y 1930, cuando se puso de manifiesto una necesidad de cambios en las universidades, patrocinada por el tejido de las redes y los congresos de estudiantes que posibilitaron que los postulados de Córdoba devinieran en un programa de reivindicaciones de las nuevas generaciones; las publicaciones y los viajes que hicieron los líderes reformistas argentinos fueron también fundamentales para fortalecer el movimiento estudiantil. La estadía del académico y dirigente socialista Alfredo Palacios en mayo de 1919 en Lima o la visita del rector reformista de la Universidad de Buenos Aires, doctor José Arce a Cuba en 1922, ayudaron a difundir lo ocurrido en Córdoba.

Pero también hubo viajes de peruanos, mexicanos y colombianos a la Argentina que cumplieron un cometido central en ese mismo sentido. Por ejemplo, Víctor Haya de la Torre partió de gira sudamericana después de conseguir fundar la Federación de Estudiantes de Perú y encabezar las peticiones de los estudiantes limeños. En Córdoba mantuvo largas charlas con Roca en el sótano de su casa. Pero también vinieron los mexicanos Enrique Soto Peimbart, Adolfo Desentis y Luis Padilla Nervo, y el colombiano German Arciniegas.⁴

Recordemos que Roca fue amigo de músicos y pintores pues las manifestaciones del arte y la cultura concitaron siempre el interés de esta

⁴ Hay un interesante testimonio de una reunión de Alfredo Palacios con los editores de la revista *Mercurio Peruano* en Lima en 1919, cuya noticia se ofrece en una nota *Mercurio Peruano*, Año II, vol II, n. 11, mayo de 1919, p. 420. El propio director de la revista dirá que “es evidente que el movimiento universitario de 1919 estuvo bien inspirado” (1984, p. 44). Lo que censura con firmeza fue la agitación inconcebible a favor de Leguía (Belaunde, 1984, p. 44). La revista dedicaría un número (el número 116 de 1928) a la reforma universitaria, exhortando al gobierno a intervenir la universidad para aplicarla (Pacheco Vélez 1988, p. 41). Agradezco este último dato al profesor Arrizabalaga.

elite intelectual, que pensaba que esta era una forma más que tenían estos actores de socializar. Por otra parte varios reformistas habían recibido clases de pintura en su juventud, tal el caso de los primos Deodoro Roca y Octavio Pinto, amigos y compañeros entrañables. Eso los llevó a que en ese círculo se destacaran varios pintores de renombre de Argentina. Uno de ellos, José Malanca, fue el nexo entre los reformistas y José Carlos Mariátegui, siendo portador de varias misivas de Roca entre 1927 y 1930 cuando se encontraba pintando en Perú, momento que contrajo matrimonio con una poetisa peruana Blanca del Prado y rodeándose además con la intelectualidad peruana entre otros con José Uriel García, (ensayista y pedagogo) Roberto Latorre, Luis Valcárcel, Gamaliel Churata, seudónimo de Arturo Pablo Peralta Miranda, exponentes del indigenismo. Él llegó a diseñar la bandera del APRA.

También conoció e hizo amistad en Puno con Aurelio Martínez, poeta trilingüe (castellano, quechua y aimara), y en Cusco con los escritores e historiadores Uriel García, Luis Valcárcel, Roberto de la Torre y Velazco Aragón. En Lima conoció a José María Arguedas, Ciro Alegría, José María Eguren, José Varíllanos y otros. Pero, sin duda, fue con José Carlos Mariátegui con quien más se relacionó y siguió una amistad perdurable.

En Cuba, la reforma se gestó, en 1923, en la Universidad de la Habana, única existente entonces en ese país, en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, presidido por Julio Antonio Mella. Entonces se acuerda luchar por los mismos principios enunciados por la juventud cordobesa y se expide una declaración de derechos y deberes del estudiante, que incorpora los principales reclamos de la reforma universitaria, pero incorporada a un proceso más amplio de reforma social. Las leyes universitarias dictadas a partir de 1931 anexaron varios de esos principios.

Después, el movimiento se extendió a Puerto Rico, Ecuador y América Central. Sin embargo Cuba deberá esperar hasta los años sesenta para conseguir lo que habían planeado en la década del veinte. Los estudiantes del Paraguay se incorporaron al movimiento reformista en 1927, aunque las dictaduras impidieron la aplicación del programa de Córdoba. La Primera Convención Nacional de estudiantes bolivianos, reunida en Cochabamba en 1928, suscribió el ideario de la

reforma. Pronunciamientos similares surgieron en 1928 en los medios universitarios brasileños.

Pero sin duda es en Colombia, Perú y México donde la reforma de Córdoba tuvo en los años veinte mayor influencia. Entre 1920 y 1924 se registraron 13 conflictos estudiantiles en Colombia y otros tantos en el quinquenio siguiente. El grupo nace formalmente en 1921 cuando tres jóvenes de escasos 21 años: German Arciniegas, Silvio Villegas y Augusto Ramírez lanzaron la revista *Universidad*, donde informaban de lo ocurrido en el movimiento de Córdoba, y en un sentido más amplio hacían parte de la revuelta contra la cultura burguesa, el positivismo rígido y el imperialismo occidental imperante en Europa desde finales del XIX.

La prensa tuvo en la década del veinte un papel decisivo en Colombia, por lo que muchos estudiantes iniciaron una amistad duradera en las sedes de los periódicos locales, donde ellos escribían sus impresiones, tal el caso de un intelectual comprometido con las cuestiones obreras como Luis Tejada en *El Espectador*, y el caso especial de Germán Arciniegas en *El Tiempo*. De gran conexión con el movimiento de Córdoba y con muchos de sus líderes como con Gabriel del Mazo, Héctor Ripa Alberdi y con Deodoro Roca, pertenecía al grupo denominado *Los Nuevos*, que tenían una revista con el mismo nombre donde exponían sus mensajes de corte político y social proclamando su enemistad con las generaciones anteriores, en particular con la del centenario, pues eran hombres del pasado. En dicha revista se enorgullecían de su nacionalismo, espiritualidad y sensibilidad ante las desigualdades sociales. Ese debate generacional influyó a lo largo de cuatro décadas en Colombia. Algunos de esos movimientos estudiantiles fueron producto de los reclamos por mejoramiento académico: cambio de orientación curricular o depuración del claustro docente. Otros, que tuvieron mayor cobertura, reclamaban directamente cambio de autoridades. Llama la atención que muchos tuvieron inicios en carreras técnicas y no en las sociales.

Los menos fueron los conflictos con sabor político, tal por ejemplo lo ocurrido en la Universidad de Antioquia cuando los estudiantes solicitaron colocar al lado de la figura del Corazón de Jesús la de un prohombre liberal: Fidel Cano. Ante la negativa de las autoridades se

lanzaron a un paro que tuvo solidaridad nacional y terminó en una transacción para solucionar el conflicto. En otro caso, hubo una huelga para pedir la readmisión de cinco estudiantes que habían sido expulsados por gritar “Viva el partido liberal”. Lo que no consiguieron.

En la Universidad del Cauca en 1926 otra huelga fue contra el rector a quien pedían destituir pues los obligaba a escuchar misa y asistir a las procesiones. Reclamo similar a los hechos en Córdoba, pero en el caso colombiano hubo triunfo del rector.

Pero, sin duda, el más notable fue el ocurrido en 1929 cuando un grupo de estudiantes se opuso a un círculo de funcionarios corruptos de Bogotá, colocándose al frente del conflicto, movimiento que fue reprimido y ocasionó la muerte de uno de ellos como consecuencia de las balas oficiales. Ante el desafío estudiantil el gobierno terminó cediendo, destituyó a dos ministros, un gobernador y al jefe de policía. Estas jornadas fueron cruciales para la pérdida de legitimidad conservadora y el posterior ascenso de los liberales al poder. Lo interesante de destacar es que estos grupos estudiantiles contaban con una federación nacional, más clubes y asociaciones locales, celebrando bianualmente sus congresos.

Con el ascenso de los liberales al poder en los años treinta se abrió una época de ilusiones reformistas y los estudiantes no cejaron en sus demandas académicas, pero como veremos, la realidad en América latina había cambiado y esa década no fue muy promisoria.

En Lima el alzamiento estudiantil fue cubierto por una rotunda filiación anticlerical, con lo que hizo presencia y estruendo en las calles, liderando la oposición contra el gobierno y la Iglesia. Pero no se limitó a eso sino que en el primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en el Cusco el 11 de marzo del año 20, Raúl Porras Barrenechea sostuvo la necesidad de una literatura nacional y propone que en la universidad cuzqueña funcione una escuela de agricultura, y en Trujillo, una granja escuela. Al congreso concurrieron las cuatro universidades existentes: San Marcos de Lima, San Agustín de Arequipa, Nacional de Trujillo y San Antonio Abad del Cusco. A partir de allí los objetivos se fueron ampliando y el tema más importante fue la creación de la Universidad Popular, bajo la dirección de la Federación de Estudiantes del Perú, con el objeto de extender a los trabajadores la cultura y proporcionar una especialización técnica a los obreros (Mujica, 2018, p. 141).

En Perú, el reformismo universitario dio lugar a una agrupación y a un partido político que tendría una influencia decisiva en la historia del país como fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), concebido por su principal dirigente, surgido además del movimiento estudiantil, Víctor Raúl Haya de la Torre, primero como una fuerza de dimensión americana y luego como un partido político de alcance nacional. Pero la represión a la movilización de estudiantes y obreros en 1923 y la posterior deportación de dirigentes estudiantiles peruanos a Argentina y México reforzó la difusión del movimiento.

En Cuba, los principales dirigentes estudiantiles, encabezados por Julio Mella, fundaron el Partido Comunista de ese país (Portantiero, 1978, p. 13). Mientras el modelo peruano apostaba a la construcción de una alternativa de cambio revolucionario antiimperialista y liderado por la pequeña burguesía intelectual, en Cuba, los dirigentes estudiantiles comprendían que ese liderazgo estaba reservado a la vanguardia proletaria.

En este sentido, cabe destacar que los movimientos juveniles en Perú y Cuba, a pesar de algunos éxitos parciales en sus inicios, rápidamente se encontraron con las trabas que les opusieron los gobiernos que veían en los estudiantes un peligro para la preservación del orden social y político. Por esa razón, en ambos países se pensaba que era necesario cambiar a los gobiernos para avanzar en las transformaciones universitarias, por lo que en los dos casos, el movimiento estudiantil dio lugar a alternativas políticas sólidas y consistentes.

Mientras tanto, en septiembre de 1921, con motivo del primer centenario de la Independencia, se celebró en México el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, bajo la presidencia del rector José Vasconcelos, concurriendo delegados de América Latina, Europa y Asia. De él surge un intento por crear una Federación Internacional de Estudiantes y un amplio respaldo al ideario reformista. Sus resoluciones constituyen un testimonio de las preocupaciones estudiantiles del momento, tales como la proclamación del nacimiento de una nueva humanidad; lucha para abolir el “actual concepto de poder público” y la “explotación del hombre por el hombre y la organización actual de la propiedad, evitando que el trabajo humano se considere como una mercancía”; establecimiento de “universidades populares” como obligación estudiantil; la “justicia

social”; nexos más sólidos con la clase obrera; la extensión universitaria a cargo de las asociaciones estudiantiles; participación estudiantil en el gobierno de la universidad; docencia y asistencia libres; condena al avance imperialista sobre Santo Domingo y Nicaragua, a las dictaduras latinoamericanas y al militarismo; fortalecimiento de los ideales nacionales dentro de la “comunidad internacional” (Marsiske, 1999).

En los años 20 se vivía en México un ambiente de fervor revolucionario y de entusiasmo edificador, tanto dentro del grupo gobernante como en el resto del país, lo que permitió que se realizaran varias reformas en el ámbito académico. Para los estudiantes fueron tiempos de intensa participación y de una organización gremial cada vez más firme. Al finalizar la década se sancionó la ley orgánica de 1929, conocida como ley de autonomía universitaria, que dio una autonomía limitada a la Universidad con cierta injerencia de la secretaria de educación pública y del presidente de la República (Marsiske, 2001, p. 160).

Otras expresiones políticas como el febrerismo en Paraguay o Acción Democrática en Venezuela también reconocieron sus raíces, a veces lejanas, en las protestas estudiantiles inspiradas en Córdoba. Pero en todos estos casos, las diferencias con Argentina, donde los reformistas no lograron proyectarse como tales en la arena política, son llamativas. Sin embargo todos estos países iniciaron reclamos similares a lo hablado en Córdoba y prepararon la movilización para la búsqueda y realización de lo auténtico, la independencia cultural y la identidad nacional. Lo que dio inspiración, a un nuevo rumbo y pensamiento en el orden sociocultural (Robles Ortiz, 1992).

A modo de cierre

En síntesis, el movimiento reformista de 1918 no fue solo un movimiento de jóvenes que se rebelaron contra sus maestros y las autoridades y nos dejó la defensa del cogobierno, la autonomía, la cátedra libre, la extensión y su rol político en el gobierno universitario, lo que por supuesto es trascendental, sino que esas nuevas generaciones de estudiantes, pertenecientes a las clases medias, herederos de viejas oligarquías y afortunados hijos de inmigrantes tempranamente favorecidos en el comercio, tuvieron un rol más importante no solo en Córdoba sino en toda Latinoamérica. Ellos se convirtieron en el

portavoz de nuevos grupos sociales que llevaban sus reivindicaciones a la calle y se insertaban en los procesos políticos de sus respectivos países convirtiéndose en un eslabón, quizás el más detonante, del movimiento político general. Tuvieron muchos puntos en común: una actitud de rechazo al antiimperialismo y las dictaduras, hicieron alianza con el movimiento obrero, al tiempo que alentaron la creación de agrupaciones y revistas estudiantiles que procuraban la formación cultural y política de la juventud culta. Eran agnósticos o ateos en materia confesional y exhibían tendencias progresistas con diverso grado de radicalización.

Aunque la realidad en Latinoamérica de los años treinta parecía contradecirlos, pues a la ruptura del orden institucional en Argentina, se sumaron los golpes militares en Brasil, Chile, Bolivia, Perú y Ecuador, un autogolpe en Uruguay y el acceso al poder de dictadores en América Central, esto fue el acicate para que prestigiosos intelectuales reformistas argentinos decidieran participar en política: Deodoro Roca, Gregorio Bermann, Saúl Taborda, Ceferino Garzón Maceda y Raúl y Arturo Orgaz junto a Alejandro Korn, Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González se incorporaron al Partido Socialista. La apuesta era conjugar el universo cultural de la reforma con el ideario socialista. El programa de los cordobeses era amplio y consecuente con los principios que hermanaban el liberalismo político con la reforma social, el laicismo y el antiimperialismo por lo que decidieron intervenir en las elecciones de 1932. Sin embargo también en esta oportunidad fracasaron y no pudieron insertarse en el escenario político. Otros intelectuales adhirieron al Partido Demócrata Progresista y a la Unión Cívica Radical.

Deodoro Roca seguía convencido que la reforma fue algo más, la necesidad de emprender una reforma social, tema que le preocupó hasta su muerte acaecida tempranamente en 1942.

A 100 años de la reforma de 1918, mientras construimos esta universidad del siglo XXI, heredera de aquellos sueños de movilidad social y justicia, pero con algunos problemas similares, recordemos lo que era la Córdoba de 1918 con sus propias palabras:

Vengo de Córdoba, vengo de una trinchera, donde un grupo de hombres, prieto y fuerte, con sentido de las realidades históricas y con aguda comprensión del drama social y político que se desarrolla en América,

y especialmente en este país, cree que esta América del Sur es el campo propicio de tremendos y cercanos desenlaces (Roca, 2008).

Hoy debemos decir que si bien la reforma de 1918 no alcanzó a cumplir la totalidad de sus metas en ese instante, inició un camino sin retorno y en esto reside su fuerza y su legado emancipador: el de haber proporcionado los cimientos indispensables que debe transitar la Universidad.

Fuentes

- ARCHIVO DEL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS. CEA-UNC, Documentos, AB, C15 D.159.
- ARCHIVO HISTÓRICO. Discurso del dirigente estudiantil Deodoro Roca, en la sesión de clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios, en Córdoba, en 1918. <http://archivohistorico.educ.ar>

Periódicos

- La Carcajada*, periódico cordobés, 5 de junio de 1881.
- Estatutos del Ateneo de Córdoba, Editorial La Moderna, Córdoba 1895, folleto.
- La Nación*, 18 de julio de 1917.
- La Voz del Interior*, 1918.
- “Manifiesto Liminar”, que fuera publicado originalmente por *La Gaceta Universitaria*, Órgano de la Federación Universitaria de Córdoba, en una edición extraordinaria del 21 de junio de 2018 (N° 10).
- Pensamiento Libre*, Córdoba 9 de noviembre de 1896. “Paso a los jóvenes”.
- “Las primeras letras de Leopoldo Lugones” en *El Tiempo*, 25 de junio de 1896, p. 35.)
- Roca, Deodoro, “Por la paz y la libertad de América (1935-1936)”, *Revista Flecha*, N° 14, Córdoba, 1936.

Bibliografía

- Aricó, J. (1989). Tradición y modernidad en la cultura cordobesa. *Plural*, N° 13, pp. 10-14.
- Biagini, H. E. (2012). *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- (2018). *La reforma universitaria y nuestra América. A cien años de la revuelta estudiantil que sacudió al continente*. Buenos Aires: Octubre.
- Bustelo, N. (2015). *La reforma universitaria en sus grupos y revistas: Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*. Buenos Aires, Tesis

- disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1307/te.1307.pdf>
- Capdevila, A. (1923). *Córdoba del recuerdo*, Buenos Aires: Colección Austral.
- La Reforma Universitaria en 1929. *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, n. 5 y 6. *La reforma Universitaria, Ensayos críticos, 1018-1940*, Tomo III. Compilación y notas de G. Del Mazo. Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941.
- Kohan, N. (1999). *Deodoro Roca, el hereje*. Buenos Aires: Biblos.
- González Prada, M. (1985). *Páginas libres. Horas de lucha*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1888). *Discurso del Politeama*. Lima.
- González M. B. (2011). Fines y logros de la reforma universitaria. Visión retrospectiva de sus protagonistas de la encuesta de Flecha. En *XII Congreso internacional AHILA* (Vol. IV, pp. 221-229). Lisboa: Centro Leonardo Coimbra de la Universidad de Oporto.
- y Vera de Flachs, M. C. (2018). Actores de la reforma universitaria. Del espíritu de círculo al amanecer democrático en América. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Korn, A. (1949). *Obras completas*. Buenos Aires: Claridad.
- Marsiske, R. (coor.) (1999). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, I, Universidad Autónoma de México.
- (coor.) (2001). *La Universidad de México. Un recorrido histórico de la época colonial al presente*. México: Universidad Autónoma de México.
- y Vera de Flachs, M. C. (2018). Carta a los lectores. *Revista de historia de la educación latinoamericana* (Tunja, Colombia). Vol. 20, n. 30, 7-10.
- Mujica, F. (2018). La reforma universitaria, la Universidad Popular y el APRA, causa y consecuencia. En R. Gutiérrez (coor.), *El pensamiento americanista en tiempos de la Reforma universitaria: Ricardo Rojas y Ángel Gallardo* (pp. 141-145). Buenos Aires: CEDOCAL.
- Orgaz, A. (1919). *La guerra con los ídolos*. Córdoba: Bautista Cubas.
- Peset, M. (2011). *Obra dispersa*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Portantiero, J. C. (1978). Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938). México: Fondo de Cultura Económica.
- Robles Ortiz, E. (1992). *Las ideas educacionales de Antenor Orrego*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Roca D. (2008). *Obra reunida: Cuestiones universitarias, Estética y crítica, Escritos jurídicos y de militancia y Escritos políticos*. Universidad Nacional de Córdoba.
- (2017). *Obra Reunida. I Cuestiones Universitarias*. Compilado por Guillermo Vázquez y Diego Tatián. Universidad Nacional de Córdoba.
- Sanguinetti, H. (2004). La trayectoria de una flecha. Las obras y los días de Deodoro Roca. Buenos Aires: Librería Histórica.

- Stone, L. (1974). *The University in society*. 2 vols. Princeton University Press.
- Vera de Flachs, M. C. (1989). La universidad como factor de ascenso a la elite de poder en la América Hispana: el caso de Córdoba, 1767-1808. En *Claustros y estudiantes*, Vol. II, Valencia: Universidad de Valencia, pp. 399 y ss.
- (2006a). Reformas y contrarreformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Córdoba, 1870-1936. En R. Marsiske (coor.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina, III*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 21-81.
- Vera de Flachs, M. C. (2006b). Un precedente de la reforma del 18. El primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos (Montevideo, 1908). En Junta Provincial de Historia de Córdoba, *Movimientos Estudiantiles en América y Europa*, Tomo I, capítulo I.
- (comp.) (2018). *Repensando la reforma de 1918 a la luz del siglo XXI en Argentina y Latinoamérica*, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba - UADER.
- (2018a). El epistolario de Gregorio Bermann a Roca. *Rhela*, Tunja, 2018, p. 13 a 36.
- (2018b). Los principales intérpretes de la reforma del 18. Córdoba-Argentina. *Helios. Edición extraordinaria* (Trujillo, Perú), vol. 2, n. 2, 11-22.
- (2019). Contribución al estudio de la educación superior de la República Argentina. Un recorrido a través de la Historia de la Universidad Nacional de Córdoba. *Revista de la historia de la educación latinoamericana* (Tunja, Colombia), vol. 21, n. 32.
- y Biagini, H. (2008). Universidades populares. En H. Biagini y A. ROIG, *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 537-539.
- , Gaiteri, J. y Gaiteri, E. (2017). Gregorio Bermann y Lisandro de la Torre a Deodoro Roca. *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, n. 29, p. 109.
- y Gaiteri, J. (2018). Córdoba Libre a la luz de una nueva documentación. En *Hacia los cien años de la reforma Universitaria*, Junta Provincial de Historia de Córdoba.